



Lea Vélez

El jardín de la memoria



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

© Asís Ayerbe

Lea Vélez

Nació en Madrid, en 1970 al cobijo de una familia fanática de la literatura. Tras estudiar Periodismo en la Complutense, se dio cuenta de que además de observar, analizar y escribir, le apasionaba el cine. Por eso decidió convertirse en guionista de ficción. Su tercera pasión es y ha sido siempre la música. Hoy, las teclas de su ordenador cargan ya con más de seiscientas horas de ficción televisiva. En 2004 se editó su primera novela, *El desván* (Ed. Plaza y Janés), escrita en colaboración con Susana Prieto, de la que se publicaron seis ediciones. En 2006 repitió la experiencia de escribir a cuatro manos con su segunda novela, *La esfera de Ababol* (Ed. Planeta). En 2008 escribió, también con Susana Prieto la obra teatral *Tiza*, divertida sátira sobre la educación, que fue galardonada con el premio de Teatro Agustín González. En Mayo de 2014 publica, ya en solitario, *La cirujana de Palma* (Ediciones B). Lea Vélez tiene fuertes lazos con Inglaterra y pasa largas temporadas en la ciudad de Brighton, donde encuentra inspiración junto al mar y buenos amigos con los que tocar música en directo. *El jardín de la memoria* es un emocionante testimonio de amor, por puro amor. Un canto a la vida y a la libertad.

«Fue un otoño extraordinario. El otoño en el que tú me enseñaste a vivir y yo te enseñé a morir. Durante la última aventura, filosofamos, investigamos, leímos las viejas cartas de tu hermano Stephen. Las cartas que relatan una época y un pasado familiar. Gracias a una antigua foto en un sobre con matasellos de Sheffield, encontré respuesta a la dudosa paternidad de Gill. Me encanta hacer de detective. Las cosas de Stephen siguen en la buhardilla, metidas en sus cajas de bombones y a veces las saco y releo una poesía del cuaderno infantil. Allí, en la Inglaterra de 1957, estaban las respuestas y mientras yo escribía este *Jardín* transcribiendo cartas amarillas por el tiempo, tú lograste perdonar. Pienso en la sonrisa del otro protagonista de este relato: Francesc Boix. Te fascinó la vida del republicano español, testigo de Nuremberg, fotógrafo de guerra. Yo te contaba sus hazañas, que están en esta novela y que no sé si es novela porque todo lo que se cuenta en ella sucedió de verdad.

Ese verano volvimos a Malmesbury. Tenías razón. No existe un lugar con más encanto en Inglaterra. Los niños se disfrazaron de caballeros y cruzaron aceros de plástico en los jardines de la abadía. Hicimos un pic-nic. Entre saltos, tumbas de piedra, juegos y merienda, esparcimos tus cenizas bajo un roble centenario. Entro de nuevo en este otro jardín, *El jardín de la memoria*, ojeo sus páginas, riego con cuidado el primer beso que nos dimos y ese último que a veces es como el primero de un nuevo cariño real, invisible. Ahora estás hecho de un aire que empuja con constancia mi columpio. Subo y bajo, y veo más allá de los campos y de los tejados, entendiendo cómo hay que vivir. Tres años después de aquel otoño extraordinario, me siento plena, sabiendo que ganamos y que había que contarlo. Para demostrar lo que digo, aquí está nuestra historia.»

Esto es una novela real que algunos describen como testimonio. Los personajes de este libro son o fueron. Las cartas de

Stephen y sus cuadernos de colegio existen. De ellos no he cambiado ni una coma. El presente es fiel hasta la extenuación y del pasado tan sólo he recreado algunas escenas y diálogos para mostrar las piezas perdidas de la historia.

Debo dar las gracias a todos los Collinson, pero en especial a Joanna por nombrarme guardiana de las cartas de Stephen. A Connie, mi suegra, a la que no conocí, por guardarlas toda la vida en varias cajas de bombones. A Gill por salvarlas del incendio, arriesgando su vida, y a George, mi marido, por pedirme que las leyera para ayudarlo a recordar un pasado perdido. Querido Tristan Forward, no me olvido de ti: gracias, mil gracias por tu maravillosa carta.

No he vivido nunca un otoño semejante. Ni siquiera creía que algo así fuera posible sobre la tierra.

FRIEDRICH NIETZSCHE , *Ecce Homo*

Tramadol, Ibuprofeno, jarabe para los picores de Richard y crema hidratante. Ya lo tenía todo. Cuando le di la visa al farmacéutico recordé que me faltaba otra cosa.

—Ah, y un certificado de defunción, por favor.

La sonrisa amable de tendero se quedó congelada. Pronto reaccionó y fue a por él. Volvió con un formulario de los que hay que escribir cada letra en un recuadro. Me irritan ese tipo de papeles. Pensé que por suerte no lo tenía que rellenar yo y sentí un extraño placer por haberlo dejado desconcertado. Él se puso nervioso sin motivo. Yo estaba tranquila, igualmente sin motivo.

—Me han dicho que lo tenga en casa, por si llega la muerte en mitad de la noche —le dije como si él supiera de quién le estaba hablando.

Él asintió como si efectivamente lo supiera.

Y es que me siento así. Como si todo el mundo leyera en mis ojos lo que pasa. O quizá es que deseo que lo sepan. Evitaría explicar. No suena muy normal que me presente ante los desconocidos diciendo: «Hola, me llamo Lea y mi marido se está muriendo», pero eso es lo que he estado haciendo todo este último mes. Al principio usaba algún circunloquio. Frases medidas para no asustar. Ahora voy siempre con prisa. Con no demasiadas palabras más se lo expliqué al oficial de la notaría, al aboga-

do de Inglaterra, a las profesoras de los niños, a las madres de los compañeros de colegio, a la chica del banco, al de la Seguridad Social, a la oncóloga de urgencias en Puerta de Hierro –esa imbécil con la que discutí brutalmente–, a Javier, el estupendo médico de cabecera, a su enfermera y al joven residente que le sigue a todas partes, al radiólogo, al gordito amargado de la oficina de Adeslas. Hola, me llamo Lea y mi marido se está muriendo.

La muerte me acompaña a diario, dividiendo amigos de amigos a medias, asustando a unos, apenando a otros. Mientras, poco a poco, me voy dando cuenta de que la muerte es simple, bella, útil y sobre todo... permanente.

A George se le empañan los ojos de lágrimas. El miedo a veces le hace llorar. Garganta atenzada. Manos temblorosas.

–¿Cómo voy a saber si al cerrar los ojos, ya no voy a despertar?

–Yo susurraré en tu oído. Te diré que te puedes marchar. Que no tengas miedo. Te cogeré de la mano y susurraré en tu oído.

–Tengo que saberlo. ¿Quién me lo va a decir?

–Yo te lo diré.

Empieza a quedar claro mi papel. Cicerone de la muerte. Guía del último suspiro. Administrativo de la burocracia del adiós. Papeles, testamentos, cambios de titularidad, más solicitudes. Nunca entendí aquello de dejar los asuntos en orden. Ahora sí. Resulta sorprendente lo desordenados que podemos tener los asuntos hasta aquellos que no tenemos asuntos. Uno de ellos es guardar un certificado de defunción en un cajón.

Con la retirada de las tropas alemanas, se produjo la desbandada de los guardianes del campo. Los presos se hicieron con las armas y los *kapos* que no pudieron escapar con los SS fueron acribillados a balazos. Los supervivientes de Mauthausen agarraron las armas y se organizaron para defenderse de la llegada de más alemanes si fuera necesario. Entre los presos se encontraba un republicano español que había logrado sobrevivir

haciéndose indispensable en el archivo de documentación. Revelaba fotos y guardaba copias de la muerte.

Francesc Boix era moreno, boca grande de labios gruesos y ojos cautivadores. Tendría veinticuatro, veinticinco años y recuerdo que pensé que para haber estado en un campo de exterminio, su aspecto resultaba atractivo y hasta saludable. Boix siempre sonreía. De su cuello ya colgaba la famosa Leica y llegaba con otros seis muchachos del grupo de los *Poschacher* .

La anciana abrió la puerta. Le habían descrito cómo sería el joven que vendría a buscar el paquete y en cuanto le echó la vista encima supo que era él. Se saludaron en alemán. El chico lo hablaba bien, fluido, pero con un tremendo acento español. Juntos caminaron por el estrecho camino entre la casa y el muro de piedra del jardín. Tal vez el joven Boix pensó que Anna Pointner había hecho más que algo apropiado al esconder los negativos del horror debajo de una piedra en aquella pared. A fin de cuentas, en esas imágenes se retrataba el infierno de la cantera de Mauthausen. La construcción de la prisión por parte de los sin nombre. La extracción de piedra para la Alemania del arquitecto favorito de Hitler (Speer) y la maldición de levantar aquellas rocas hasta el último de los 186 escalones del campo. Años de muerte sobre el granito, bajo el granito, envuelta en polvo de granito. Anna Pointner sacó de la hendidura en la pared de piedra aquello que podría haberle costado la vida. Le entregó a Francesc Boix el pequeño paquete.

–¿Sabe lo que es esto? –le preguntó él.

–Sí, Jacinto me lo enseñó –contestó Anna–. Estas fotos tienen que verse.

–Se verán. El mundo entero sabrá lo que ha estado pasando aquí.

Anna quería hacer algo más por él, por todos ellos. Como austríaca invadida por los nazis, simpatizaba con aquellos españoles sin patria, y como madre, deseaba protegerlos. Apenas eran hombres. El más joven de los *Poschacher* tendría catorce o quince años y el mayor no llegaría a diecisiete. Francesc le preguntó si le dejaría positivar algunas de las fotos, allí mismo, en su casa. Ella asintió con esa energía enfática de los austríacos y los invitó a quedarse. Pasarían aún varios días hasta que los ex prisioneros supieran qué iban a hacer con el resto de su vida.

Un largometraje de los que a mí me gustan tiene unas sesenta secuencias. Miro atrás, hacia el amor, y pienso en las que escogería para contar nuestra vida juntos. Nada viene a mi mente. Sólo hay presente en la memoria. Las sesenta secuencias están todas aquí, en el último otoño, porque aquí está todo el amor. Hace un rato imaginaba la primera escena de un guión sobre un personaje que me acecha desde hace años, Francesc Boix, el fotógrafo de Mauthausen. Para la película sobre mi héroe del Holocausto habría escogido el momento en que llega a casa de la anciana austríaca en busca de los negativos. Imagino la escena como si hubiera estado allí. El color del sol, la temperatura de las piedras. Ése es mi trabajo. Recopilar datos, documentación, a veces sobre personas reales, las menos, y recrear sus sesenta instantes, inventar diálogos con alma de posibles, hacer ficción de la realidad, completar los vacíos con piezas nuevas, como un restaurador de la memoria. Escribo vidas inventadas. Hoy no. Miro a George. Duerme. Él es verdad. Y yo. Ésta es nuestra muerte. ¿Qué voy a hacer sin sus ojos?

Encontré un gato muerto debajo de mi coche. Teniendo en cuenta que lo aparco dentro de la parcela, no me quedó otra que hacer algo al respecto. El bicho estaba podrido y su *timing* no era bueno. Mientras cavaba la fosa en el parterre de las hortalizas no podía evitar pensar en mi marido. En qué tipo de entierro/no entierro/funeral/no funeral iba a hacer para él. Borré todo pensamiento de mi cabeza. Fui hasta el gato. La agonía debió de ser espantosa. La mueca espeluznaba. O quizá es que los gusanos ya se habían comido sus labios y la dentadura saltona era todo lo que veían mis ojos. Deslicé la pala debajo del bicho. Cientos de larvas cubrían el suelo. Separándolo de mí lo más posible lo llevé hasta la fosa. Lo eché en el hoyo. Era más profundo de lo necesario. Lo tapé bien tapadito pisando la tierra para que no hubiera señales de enterramiento. No quiero que los niños vean eso removido y decidan sacar sus lindas palitas de colores a ver qué encuentran. Lavé el cobertizo y el coche. Litros de agua y jabón. ¡Qué liberación! No más gato. No más peste. No más moscas. Me sentí como un criminal sin conciencia borrando

las huellas del crimen. Me había librado del cuerpo del delito. Era un asesino feliz por un trabajo bien hecho. Ojo, yo no me había cargado al minino, pero podría haberlo hecho. Quizá porque a menudo les deseaba la muerte a esos bichos pulgosos que plagaban mi jardín. A la vecina le ha dado por echarles de comer y adoptar cualquier cosa que haga miau. Se cagan en mi césped. Se mean en mis tumbonas. Se afilan las uñas en las cortinas del porche. Vamos, que lo del gato muerto sólo me molestó porque me obligaba a resolver el pequeño problema de deshacerme de un cadáver, e insisto, el *timing* no era bueno. En este momento no estoy muy predispuesta a la muerte de nada ni de nadie más.

Fui a la seguridad social. Como George ha trabajado en varios países europeos, aún no nos han dado una resolución definitiva sobre su pensión de invalidez permanente. Han pasado seis meses desde la solicitud. España le da quinientos euros para ir tirando, pero aún no sabemos qué piensa darle Gran Bretaña. Al parecer lo tienen todo preparado para contestar pero están a la espera de que se pronuncien los suizos, los franceses y los italianos. Y como no se pronuncian, fui a reclamar a las autoridades españolas a que reclamen a estos tres países, que a su vez le contestarán a España que le contestará a Gran Bretaña. Un lío. George se morirá antes de que le adjudiquen la tal pensión. Es obvio. Somos muy europeos, pero no estamos cantando el himno de la alegría. Después de mi charla con el amable señor ante el que me presenté con la frase de rigor: «mi marido se está muriendo», le pedí los formularios para solicitar una pensión de viudedad y las pensiones de orfandad de los niños. Me miró preocupado y dijo:

–Pero no puede presentar los papeles hasta que no se produzca *el hecho* ... ¿comprende?

A pesar de que yo había comenzado con la frase de marras: «mi marido se está muriendo», el hombre no había entrado en mi inevitable realidad. Elevó mucho las cejas, expresivo, ansioso por hacerme entender a qué se estaba refiriendo con *el hecho* .

–Claro, claro. Lo comprendo.

El hecho es un eufemismo. El hecho es la muerte. No se puede pedir una pensión de viudedad hasta que el marido no fallece. De cajón. Pero ya que estoy aquí, que me dé los papeles

este señor porque para qué voy a volver otro día cuando ya se haya producido *el hecho* y tal vez los sentimientos me inunden de tal manera que lo último que quiera hacer es salir de casa a pasar la mañana en una bonita cola de la Seguridad Social.

Ziereis, el nazi supremo de los campos austríacos de Gusen y Mauthausen, se disfrazó de tirolés a la llegada de los aliados. Andaba escondido en una casa de campo, tratando de pasar inadvertido, pero no coló. Viéndose acosado, huyó bosque traviesa. Una patrulla americana le dio el alto. Intentó escapar entre los árboles y los soldados dispararon una ráfaga. El herido fue llevado a Gusen. Hasta ahí un paso lleva al siguiente pero enseguida los acontecimientos se precipitan. Tras el interrogatorio y la transfusión sanguínea que Francesc Boix immortaliza con un rollo de su Leica, Ziereis muere. Dos días después de los disparos, para ser exactos. Al menos así lo atestiguan los archivos del hospital de campaña que montaron los americanos en el campo de concentración.

Siguiente instantánea: el cuerpo desnudo del alemán, pintarrajado con esvásticas y *Heil Hitler*, cuelga de una verja. No se conserva ninguna foto de Ziereis recién muerto, ni de las hordas haciéndose con su cadáver. No hay imágenes del *hecho*.

Trato de imaginarlo. Vienen ideas a mi cabeza, quizá lugares comunes, secuencias de alguna película. Veo a los americanos tratando de impedir que los presos entren a por él. Apuntan a la multitud que se ha reunido para clamar venganza. Tienen que evitar el linchamiento. No porque quieran, sino porque el capitán les ha ordenado que cuiden del detenido. Deben asegurarse de que cuenta todo lo que sabe. Para apaciguar los ánimos deciden involucrar a varios presos en el interrogatorio. Boix es uno de ellos. Les servirá de intérprete, tomará fotos de las sesiones con el alemán. Pero Ziereis ha perdido demasiada sangre. Al día siguiente, veinte de los treinta rusos que quedan se plantan a las puertas de la sala donde sigue siendo atendido el ex comandante de aquellos campos de muerte. No dicen nada, en pie, en silencio, como soldados de piedra o fantasmas con huesos. Los americanos los miran con el estómago encogido. Ziereis expira. Un gesto del sargento y los que montan guardia se retiran. Saben lo que va a suceder pero no harán nada por impedirlo. Los rusos entran en la sala. Arrancan sus ropas. Pintan esvásticas so-

bre su espalda. Lo patean. Escupen en su cara. Atan la cuerda a su cuello y lo arrastran hasta la verja. Algunos polacos se unen a los trabajos. También llegan varios españoles. Ninguno de ellos es Boix. Los soldados americanos apartan la mirada. Sospecho que Boix no habría apartado su cámara. Más de medio siglo después, a los que estamos fuera, el hecho, este hecho, nos resulta brutal. Cuando estás dentro de la muerte, cuando has pasado cinco o más años a su lado, algo así, es lo más natural. El hecho no es más que un hecho más.

Por la tarde fui a ver al oncólogo radiológico. Él cree que radiarle los tumores de la cabeza a George puede ser beneficioso. Evitaría quizá un derrame cerebral que pudiera dejarle en peores condiciones de las que está. Han de hacerle una máscara protectora y un escáner de planificación. Le darán cinco sesiones de radioterapia. Cuando a bocajarro me preguntó: «¿Y tú cómo estás?», quedé impactada. Era la primera vez que un médico, en casi seis años de vivir con la muerte, me preguntaba a mí por mí. Debí de poner la misma cara que el risueño farmacéutico cuando le pedí un certificado de defunción.

–Parece que lo llevas con mucha fortaleza –añadió.

Asentí, pero era mentira. No me siento frágil ni apenada pero no sé si es fortaleza o es que me encuentro en otra dimensión. Acaso ambas cosas son lo mismo. No creo. Es una dimensión en la que suceden pequeños eventos o hago cosas simples, todas encaminadas a lo mismo. También noto que acumulo vapor. Mañana o quizá pasado, lloraré.

Me gustaría que fuera fortaleza. Me gustaría merecer los elogios. Me siento algo culpable al escucharlos. Más bien creo que es *detachment*. A veces me sorprendo observando cada detalle de lo que está pasando con el fin de plasmarlo en el papel. He convertido la muerte de la persona a la que más quiero en un proyecto, una colección de fotografías o un cuadro hiperrealista. Sesenta secuencias. Es la observación del artista, fascinado por lo que sucede a su alrededor. Con cada frase que tecleo me siento mejor y al mismo tiempo, traidora. Por eso me encuentro cercana a Boix. Porque entiendo cómo salvó la vida.

Su cordura. La conciencia. Hizo un pacto. Decidió que su cometido era contar aquello y para eso no sólo tenía que sobrevivir a Mauthausen, debía grabar en su memoria cada detalle para explicárselo a las fuentes de la historia. Lo más admirable de Boix es que primero se lo propuso y después, lo consiguió.

El oncólogo radiológico me preguntó qué había dicho el oncólogo médico. Le dije que estimaba dos meses para lo peor.

–Pero no sé a qué se refiere con lo peor porque para mí, lo peor no es la muerte.

–Sí. Se refiere a la muerte. Para un médico la muerte siempre es lo peor porque supone que hemos fallado.

Asentí pero no estaba de acuerdo, claro. La muerte no es lo peor. La agonía es lo peor. El dolor es peor que la muerte. El dolor insoportable. El miedo a no ver más a tu mujer y tus hijos cuando te vas a la cama. El no ser capaz de imaginar lo peor y sin embargo tratar de imaginarlo a toda costa. Eso es lo peor. Ya está aquí lo peor.

Veo a un fotógrafo documentando la muerte y la barbarie por orden de los guardianes de Mauthausen. En secreto, por su cuenta, hace copias de los negativos del infierno. Su proyecto de vida es documentar el horror para contarlo. Esas fotos, esta novela. Un hombre inteligente busca, incluso sin ser consciente de ello, la protección de su integridad. La salvación de lo único que no le han quitado: su cerebro. Porque nadie te puede robar los pensamientos, sí la libertad, el cuerpo, la vida. No los pensamientos. Al menos, no todos. Pero los pensamientos, para existir, buscan proyectos.

Boix había encontrado una manera de luchar contra los nazis, de proteger la atalaya que guardaba su alma. Salvando aquellas fotografías de la destrucción podría enseñar al mundo algo que si no se ve no se puede creer. Conseguiría mostrarles a los que no estuvieron allí la imagen negra de los sin alma. Él no sabía quién iba a ganar la guerra. Es obvio para los que conocemos la historia, pero para un sin nombre de un campo de exterminio lo único claro era el presente. ¿Y si nadie era testigo de aquello? ¿Y si ninguno de ellos sobrevivía para contarlo? ¿Y si no había quién que creyera algo tan imposible de explicar? ¿Y si los 186 escalones de Mauthausen se borraban como huellas en la arena? Aquellas improntas de la muerte debían pasar al mundo

de los vivos, al lugar real de las personas reales. Las fuerzas antifascistas sabrían de la existencia de los monstruos y de los fantasmas. Puede que todos estuvieran sentenciados, pero el futuro no lo estaba. Su ideología política aún tenía pulso. Boix se sentía muerto desde su entrada en el campo y gracias al robo secreto del archivo fotográfico había encontrado la forma de respirar. Documentar la crueldad. Convertirla en un proyecto de vida. Observarla, copiarla, guardarla, esconderla.

Yo escribo conociendo el final. Este hecho es inamovible. A George le gusta verme con el portátil. Es feliz cuando me siento a su lado y me pongo a teclear.

—¿Por qué te interesa un refugiado español en el Holocausto? —me pregunta mi marido—. ¿No se ha escrito ya bastante sobre eso?

—Puede que busque algo aún peor que lo que nos está pasando.

—Eso no es verdad.

—No, no lo es. No sé... Boix se me ha metido en las costuras como una rara obsesión. Quizá investigar a Boix sólo sea... algo que hacer.

—Lo averiguarás.

—Es posible.

—Sí. Lo harás. ¿Y qué más quieres saber? ¿Qué buscas?

—Quiero entender la historia de tu hermano Stephen y el pasado doloroso de tu familia. Quiero anotar las obsesiones junto a la muerte. Nada de artificios, ni eufemismos. Tú me vas a ayudar.

—Eso está bien. Tenemos un proyecto. Me gusta.

—Quiero contar estas cosas que mi mente visita una y otra vez con tu ayuda. Me dejo llevar por los instintos. No, me dejo llevar por la historia. Su historia, tu historia, la historia de Lea, que no soy yo, es esta del papel. Por una vez, por esta vez, no tengo que inventar, sólo contar.

—Estos momentos son los mejores, cuando estás aquí, a mi lado, tecleando y charlamos. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—¿Cuántas páginas llevas?

—Doce. Acabo de empezar.

—¿Vas a leer las cartas de Stephen?

—Tengo que hacerlo.

–Eres muy valiente.

–En realidad no lo soy, por eso tengo que saber. Tengo que saberlo todo.

–No quieres apartar la vista.

–Si apartas la vista no tienes recuerdos.

–No sé por qué apartamos la vista. Quiero decir que no lo hacemos por cobardía o por miedo. Me parece que lo hacemos por pudor.

–Es pudor, sí.

–Ante un accidente, un cadáver, el instinto, deseo o como se llame, es mirar. Pero cuando hay otros delante, apartamos la vista para que no nos llamen morbosos. Me pregunto qué haría si me encontrase con un cadáver, sin testigos, sin ojos desaprobadores.

–Yo lo miraría, creo, lo miraría largamente.

–Si estuviera bien visto escrutar la muerte, la observaríamos fascinados, fascinados y espantados.

–¿Y no sería bueno que no nos espantara la muerte?

–Sería, como dicen los niños, «genial».

Asentí. Le cogí la mano. Cada minuto cuenta. Una hora es importante.

Hoy vinieron por primera vez a casa los de paliativos. Una médico –«Hola, soy Nieves»– y un enfermero –«Y éste es Pedro»–. En su primera visita te hacen el tercer grado. Empiezan por quién eres, a qué te dedicas, cuántos años tienes, cómo te detectaron el cáncer... Una hora después, disparan las preguntas más íntimas.

–Dime, George, ¿qué miedos tienes?

–A no poder valerme por mí mismo. Al dolor. A perder el habla.

–Y emocionalmente, ¿cómo estás? ¿Lloras?

–Sí, claro. Pero no me siento triste. Sólo me emociono y luego se pasa.

–Pero ¿te dejan llorar?

–Sí. Me dejan llorar. Los dos lloramos juntos muchas veces.

Y George lloró mientras yo me preguntaba cómo es posible que haya quien no deja llorar a los moribundos. Cuando acaba el largo interrogatorio, los de paliativos nos sugieren que habría que ir buscando una cama articulada. Es la primera señal de que

nuestra casa debe convertirse en hospital de campaña. Otra de las muchas transformaciones que ha ido sufriendo con los años. Primero tiramos todos los tabiques y la convertimos en un descomunal «piso de solteros» de un dormitorio. Luego llegaron los niños y con ellos las cunas, los juguetes, los nuevos cambios y los nuevos tabiques que tratan de contener la agradable y enloquecedora invasión infantil. Ahora la enfermedad me obliga a investigar el mejor precio de una cama con mando eléctrico. Así es la vida, así es la muerte.

Creo que es fundamental para mi salud mental asumir estos cambios con rapidez. Cuando Nieves, la doctora de paliativos, mencionó la cama articulada, mi primera sensación fue espantosa. Asentí por amabilidad, disimulando el golpe que me dio su frase en la boca de mi estómago. No sabía de dónde sacarla ni dónde ponerla. La idea me hacía naufragar. Ahora que he pergeñado dónde demonios la voy a colocar y que he encontrado una a buen precio, me siento mejor. Y me sentiré fabulosa cuando la encargue. Cada día queda resuelto algo más en este contrarreloj. Lo siguiente, enterarme de los precios del crematorio.

Sí, sin duda una de las claves para una muerte feliz es no resistirse. Es aceptar la llegada de las olas y dejarse vencer. Si hay algo que no se puede detener son las mareas. Pongámosle cama a la muerte. Cama articulada y con mando a distancia.

Un buen día Boix les preguntó a los presos comunistas del campo si querían los negativos de todo lo que sucedía allí. Se acercó a los dirigentes del partido, españoles republicanos como él, que empleando la disciplina comunista habían logrado establecer una red de solidaridad entre los presos. Les explicó que los alemanes hacían fotos de todo y mandaban copias a Berlín y a otros lugares y que ellos en el laboratorio habían hecho una de más que mantenían escondida. Al principio, la respuesta fue algo fría. ¿Fotos? ¿Y qué iban a hacer con ellas? ¿Se comen las fotos? ¿Matan sese-eses las fotos? ¿Sobornan guardianes las fotos? Pero poco a poco los mandos comunistas fueron conscientes del arma que podían tener contra los nazis en caso de que el campo fuese liberado por los aliados. Pensaron